

La alegría azul

Creedme, hubo un tiempo en que la playa me gustaba. Ahora casi no la soporto: el calor, la salitre, la arena pegajosa, el picor por todo el cuerpo, las pulguitas, las pelotas tocándote las tuyas propias, el ruido de la gente alrededor, el olor a humanidad, la suciedad del arenal, los intentos frustrados de bañarme entre los acróbatas surfers y los funambulistas del board. Pero sí, es cierto, existió una época maravillosa en que para mí el cielo azul era la visión primordial a la que remitía la idea más general de la alegría: todas las alegrías eran como el cielo azul y la playa.

La playa de Miño. Estábamos enamorados de ella. Mis padres, mis hermanos y mis tíos y primos de Gijón. Allí pasábamos todo el día. Salíamos de casa a las once(mi madre llevaba dos horas levantada, preparando tortillas con sabor a tupperware, los filetes, la ensalada, la empanada , la fruta y las bebidas – cocacolas, fantas y gaseosa-, que irían adecuadamente distribuidos por los diversos recipientes térmicos envueltos en trapos o paños de cuadros) en el seiscientos de mi padre, que no viajaba exactamente hacia el mar, viajaba hacia el verano, una época del año que parecía preparada para el recuerdo, para que mucho tiempo después cualquiera de nosotros pudiera sentirse niño, adivinarse a bordo de las pedaletas alejándose de la orilla, bañándote donde cubría y sintiendo esa primera sensación de libertad que nace del alcance limitado de la vigilancia familiar, comíamos sobre las tres o tres y media en un pinar cercano a la playa, descansábamos algo, volvíamos a la playa – tras las preceptivas tres horas de digestión-, nos bañábamos, jugábamos y tomábamos el camino de vuelta sobre las ocho y media o nueve.

¡ Y además comíamos patatas fritas allí, sobre la arena y cerca del mar! No patatas cualesquiera, desde luego, como si todas fuesen iguales. Mis padres eran bastante escrupulosos en lo tocante a vendedores callejeros y nos desaconsejaban vivamente- la advertencia la hacían extensiva a mis primos- comprar chucherías en los puestecillos de esas astutas matronas que rentabilizaban ínfimos emporios de chicles, regaliz, pipas de girasol y barquillos. Y tampoco se fiaban sin más de las vendedoras de patatas fritas que nos asediaban en la playa. Por la playa deambulaban dos, voceando su mercancía: “¡Pa-ta-taaaa! ¡Pa-ta-taaaa!”. Con la cesta bajo el brazo, llena de paquetitos de papel amarillo, levemente impregnado de grasa. “¡Recién

hechas!”. Nosotros siempre le comprábamos a una: la patatera blanca. La llamábamos así no porque la otra fuese de otro color- la inmigración apenas existía entonces, éramos los españoles quienes emigrábamos en esa época-, sino porque el papel de sus bolsas de patatas era de color blanco. Comprábamos un par de bolsas – más no, que nos podían quitar el apetito-, que compartíamos todos en rigurosos turnos: cada uno metía la mano en la estrecha embocadura y tanteaba rápidamente hasta escoger la patata que parecía más grande, pero que a veces se rompía y nos dejaba frustrados(y en más de una ocasión, hubo que recurrir al arbitraje materno para resolver conflictos):

- “¡Qué pequeña es la mía! – exclamaba yo enojado a una edad en la que ese comentario no suscitaba observaciones jocosas- ¡ Mirad, Jaime ha cogido dos!”.
- “ Jaime – le recriminaba su madre, mi tía Olga-, deja la otra patata en la bolsa.

Antes de que mi tía terminase la frase, Jaime ya había dado buena cuenta de las dos rebanadas fritas de tubérculo.

¿Por qué me he referido al arbitraje materno y no he hecho ninguna alusión a la mediación paterna? Por un motivo muy simple: no se encontraban *allí*. Sí se hallaban en el municipio, pero bastante lejos de donde estábamos nosotros. Mi padre y mi tío Raúl tomaban el día con una intención muy clara: escaquearse todo el tiempo que fuera posible del entorno familiar. Sólo coincidiríamos con ellos en la comida y en la pequeña siesta posterior. El resto de la jornada playera cada uno *desaparecía* y buscaba su porción de paraíso.

Nada más llegar al arenal, mi padre clavaba la sombrilla, se ponía una toalla alrededor de la cintura y comenzaba a desvestirse: tras dejar caer el pantalón a la arena, este era el protocolo que seguía Paco Martínez Soria en *la playa no es para mí* :

1. Paco-Manuel miraba con inquietud a su alrededor, y agachándose lentamente se despojaba de su calzón y se lo entregaba solapadamente a mi madre, que de un modo manifiesto y notorio lo doblaba cuidadosamente antes de introducirlo en la bolsa.
2. Paco-Manuel recibía de manos de mi madre el bañador, y mi padre se encorvaba para metérselo por los pies, al tiempo que el nudo de la toalla anudada a su cintura se iba desatando.

3. Paco-Manuel repentinamente imprimía una velocidad vertiginosa a sus manos, que dotadas de un elástico muelle alzaban el bañador hasta la cintura.
4. En el proceso final de encajarse el bañador, la toalla había perdido sujeción y se había caído a la arena, apreciándose antes del definitivo estirón manual, como la parte superior trasera del bañador se había doblado, dejando la rabadilla a la vista de sus irrespetuosos e indiscretos hijos y sobrinos.

Una vez que acababa esta tarea, procedía a aplicarse la crema Nivea por todo el cuerpo. Esta operación estaba acompañada por una pieza silbada de Mozart, Verdi o Vivaldi. Mi padre nunca estaba callado. Cuando no hablaba, silbaba. Al compás de *Aida* cubría sus rodillas (era la parte del cuerpo que dejaba descubierta el bañador) sus brazos, su pecho y su espalda (en la cara nunca se la echaba) con una importante cantidad de crema de la famosa caja azul. A continuación, extendía los brazos en forma de cruz, cogiendo y expulsando aire:

- ¡Esto sí que es sano! Bueno, ¡¡ a trabajar!! – se decía, mientras tocaba rítmicamente su pecho con las palmas de sus manos-.

Y se disponía a recorrer la playa de cabo a rabo, de aquí para allá, durante aproximadamente tres horas, tras las cuales decidía darse un chapuzón. La zambullida también exigía otro protocolo (cualquier acción de mi padre era como una liturgia cumplida paso a paso):

1. Se detenía en posición de atento observador ante el espacio marino donde tenía previsto efectuar la inmersión.
2. Con las manos cogidas por detrás de la espalda, se ponía a silbar una pieza de zarzuela, con el objeto, creo yo, de que las sirenas de Ulises le acogiesen alborozadamente en sus brazos.
3. Se metía lentamente: primero mojaba los pies, luego las muñecas(varias veces), las rodillas, el vientre, los hombros, los brazos, se mojaba la cabeza, se echaba agua en la cara y cuando la marea ya había subido y bajado dos veces, se zambullía, sumergiendo la cabeza e incorporándose al momento para exclamar: ¡¡Qué caldo!!

Mi tío Raúl, en cambio, tras ponerse el bañador y dejarse puestas una camiseta y unas alpargatas, se había asignado otra tarea: Era el explorador de nuestro Fuerte: Él rastrearía el sitio más idóneo para comer, buscando un regato o río cercano, adecentaría el lugar – dejando alguna cesta o toalla como señal de reserva-, eliminando rastros, palitos y cualquier otra vegetación incómoda, y cuando terminaba, se dejaba caer por un bar o un chiringuito cercanos para tomarse una cerveza y fumarse un cigarrillo.

Los dos cabezas de familia, tras concluir sus cometidos, volvían al rebaño.

Las dos pastoras, mi madre y mi tía, cumplían su labor supervisora debajo de la sombrilla y con sus gafas de sol y pañoletas en la cabeza estaban al acecho (visual) sobre todo de mi hermano mayor, que no dejaba de pasear y cantar por la playa, y de los más pequeños, Maricarmen, Olguita y yo, que utilizando los cubos como moldes hacíamos flanes de arena mojada; y murallas aparentemente infranqueables tras las que nos guarecíamos gritando y riendo para esperar la subida de la marea. Y, claro está, nos bañábamos. Primero con torpes y jubilosos chapoteos en la orilla, luego con flotadores de todas las formas y tamaños, años más tarde ya libres de cualquier restricción, sueltos, ágilmente autónomos. Mi hermano Carlos jugaba a hacer carreras o a las palas con su amigo Rafa, que se apuntaba a muchas de nuestras excursiones. Y de mis primos mayores Jaime, Javier y Raulín – que estaban entre los doce y los quince años- sólo se les podía apreciar sus cabecitas, a lo lejos, inmersos en el infinito acuático.

- Pero Olga, ¿No te da miedo que se vayan tan lejos? –preguntaba mi madre-.
- ¡Y qué voy a hacer! ¡Hacen lo que quieren! La verdad es que nadan muy bien, y si están así, los tres juntos...

Tras la comida y la reparadora sobremesa volvíamos al arenal. Lo primero que hacíamos era bañarnos. ¡Qué calentita estaba el agua! Aquello era mejor que un spa, y de vez en cuando, había un día de olas. Nosotros las “cogíamos”, es decir, nos quedábamos rectos y fijos en su hueco turbulento a punto de romper para que nos llevasen en un vértigo de espumas hasta la orilla. Saltábamos con el agua a la altura del pecho para divisar si la ola que venía era cabalgable o no. “¡Ésta no! ¡ La de atrás, la de atrás!”. Y cuando por fin se alzaba ante nosotros la cima móvil, rugiendo temible y acogedora, la que esperábamos, lanzábamos el grito animoso del abordaje:”¡Cuidadito! ¡Cuidadito!”(una advertencia que utilizaba mucho nuestro abuelo materno). Luego el vértigo de la velocidad, el sabernos impulsados como balas de cañón, conteniendo la respiración hasta que la tripa raspaba la arena y nos levantábamos, zarandeados y algo desorientados, mirando a nuestro alrededor para comprobar si alguno de nosotros había llegado aún más lejos montado en el torbellino.

Los juegos eran interminables en aquella playa sin confines, y doméstica por muchos años, ya que no había llegado aún el turismo ni la afluencia de gente que tiene ahora. Avanzada ya la tarde, nos acercábamos a la zona donde la playa se estrechaba, formándose una pequeña ría donde había pescadores de caña y red, y en donde había el peligro de pisar un alacrán o un pez araña,

pues producía un dolor insoportable al que se combatía con lágrimas y amoníaco. Y se podían coger, y llevar a casa, los caballitos de mar, que poníamos en recipientes de agua para verlos flotar, vivos y rectos, como unos orientales y recamados signos de interrogación.

Mi madre y mi tía Olga también se bañaban y paseaban, pero, sobre todo, hablaban. La familia, las enfermedades y el tiempo, no necesariamente por este orden de prioridad ocupaban sus conversaciones. El tiempo, el clima, era una obsesión para ellas. La sombra hace muy al caso, ya que estábamos en verano. El verano es el tiempo de la sombra. En invierno no existe la sombra. Y, si existe, mi madre y mi tía no hablaban de ella. Pero en esos días de playa hablaban mucho de ella: que si mira qué sombra más maja, que a ver, Raúl, si buscas una buena sombra para comer, que si, Javier o Maricarmen, ponte a la sombra, que te vas a coger una insolación, que llámalos Olga para que vengan a descansar aquí, bajo la sombrilla...

El verano era el mar, desde luego, pero el verano significaba también un estado de la imaginación, el primer paisaje del deseo o del recuerdo, un método para comprender los movimientos de la vida, la presencia de lo que se intuye o de lo que se pierde. Por eso cuando me esfuerzo en recordar un verano concreto de mi niñez, aunque ya lo estoy viendo, ya sé cuál es, me asalta la sensación de que en un verano están todos los veranos, que unos se meten en otros como si fueran muñecas rusas, cuerpos de madera que voy abriendo hasta encontrarme con el más pequeño, es decir, conmigo, un niño rubio con mechass casi blancas, con gafas graduadas y parcialmente desdentado, un niño que aprendía a jugar solo, a recordar, a cultivar aficiones, a descubrir que el mundo es un castillo de arena o una fábrica de hielo.

Miño, la playa extensa y luminosa, las lanchas a pedales en la orilla, la marea que sube y derrota todas las murallas de arena, el sol que cabrillea sobre el agua de topacio, el islote alejado de la orilla donde te cubría el agua por las rodillas, los niños pequeños sentados en un charco con el cubo y la palita, las tonadas silbadas por mi padre meciéndose en la brisa marina. Creo que fue Camus quien imaginó un personaje que, considerando un tiempo pasado, decía con amargura: ¡era feliz y no lo sabía! Cuando en una foto de un álbum de mi madre se me aparecen todas estas personas, arrugo los labios y silbo *beguin the beguine* de Cole Porter – la canción preferida de mi padre- y no deseo oscurecer aquellos momentos con la sombra, siempre poco generosa, de la melancolía que me atrapa al recibir la emoción de una larga ola rompiéndose en la playa de mi infancia.

